DE LA PREHISTORIA DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

En recuerdo de Juan Manuel Rozas, poeta.

Es de sobra conocida la importancia que las condiciones en las que se viven los años infantiles tienen para la formación de la persona. Lo difícil es dilucidar en cada caso cuáles de esas condiciones, y por qué, marcan decisivamente el carácter. En el caso de Juan Ramón Jiménez, el origen familiar y el ambiente en el que se desarrolló su infancia fueron trascedentes, porque le inclinaron a obrar en un sentido preciso y porque la literatura que luego escribiera deformó, al referirse a ellos, aspectos de su infancia y primera juventud[1].

Gregorio, Francisco y Víctor Jiménez habían acudido a Huelva, desde la Rioja, para hacerse cargo de los negocios de su tío Francisco. Éstos tenían que ver con la consignación de buques, los tabacos, los vinos, los olivares y la minería. La firma «Francisco Jiménez y Cía» era una empresa floreciente[2]. La inmigración de viticultores de la Rioja a los distintos pueblos del Condado onubense fue muy importante a lo largo del siglo XIX. Dentro de esa región, Moguer tenía pujanza desde tres siglos antes, tanto por ser, junto con Bollullos y Mazanilla, uno de los municipios de mayor cultivo de la vid, como por ser el puerto de exportación. Desde 1870, la vid se extiende aún más, debido a la demanda francesa de vinos de alta graduación, como son los del Condado. El 90% de la producción de la zona se exporta a Sète y a Burdeos. Esto último explica la relación familiar entre los Jiménez, de Moguer, y los

---

1 Este artículo debe considerarse dentro de un grupo de trabajos que vengo publicando sobre la prehistoria poética de Juan Ramón Jiménez, principalmente: *Sevilla en Juan Ramón Jiménez* (Sevilla); Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento, 1981); «Juan Ramón Jiménez y él» (en *Actas del Congreso Internacional conmemorativo del centenario del nacimiento de Juan Ramón Jiménez;* Huelva, Diputación Provincial, 1983); «Sobre la formación ideológica del joven Juan Ramón Jiménez» (en *Archivo Hispalense* 199, Sevilla, 1983); «De nuevo sobre el primer Juan Ramón Jiménez» (en *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez;* Madrid; Fundación Universitaria Española, 1986).

2 «Dice que el nombre de su casa es Francisco Jiménez y Compañía, siendo el negocio llevado por su padre y por sus tíos Gregorio y Paco, a quien llamaban en Huelva 'el adoquín', muy justamente. Los negocios eran la representación de la Tabacalera, en la provincia, la representación de la Trasatlántica, como consignatarios de buques, minas en la provincia de Cádiz, y tres magníficas bodegas en Moguer, dedicadas a la elaboración de vinos y coñacs finos de fama en la región», Juan GUERRERO RUIZ; *Juan Ramón de viva voz;* Madrid, Ínsula, 1961, pág. 151.

Contenac, de Burdeos, que posibilitará la estancia de Juan Ramón en Le Bouscat, en un sanatorio. La riqueza de los vitivinicultores del Condado a finales del siglo XIX se entiende si tenemos en cuenta que, en diez años, entre 1877 y 1887, la producción pasó de cuarenta mil botas de vino a ochenta mil[3].

Víctor Jiménez casó, en primeras nupcias, con una joven familiar del poeta gaditano José Velarde y, al enviudar, con Pura Mantecón, que había sido costurera de la casa. Juan Ramón nació el 23 de diciembre de 1881, a las doce de la noche. Él mismo, sin embargo, solía afirmar que había sido su nacimiento veinticuatro horas más tarde, en clara literaturización de su biografía. Así, en su autobiografía escrita para la revista *Renacimiento* (II, Madrid, 1907): *Nací en Moguer —Andalucía— la noche de Navidad de 1881. Mi padre era castellano y tenía los ojos azules; mi madre es andaluza y tiene los ojos negros.*

Cuando el concepto de poesía como religión empiece a elaborarse, Juan Ramón se referirá a sí mismo denominándose *niño-dios*. El poema «Remebranzas», de *Almas de violeta* (1900), incluido luego en *Rimas* (1902) con una única modificación, comienza:

Recuerdo que cuando niño
me parecía mi pueblo
una blanca maravilla,
un mundo mágico, inmenso;
las casas eran palacios
y catedrales los templos;

Pero, en 1950, el poeta vuelve a escribirlo con cambios significativos:

Cuando era el niñodios
era Moguer, este pueblo,
una blanca maravilla;
la luz con el tiempo dentro.
Casa casa era palacio
y catedral cada templo;

En un texto prologal de *Dios deseado y deseante* escribe Juan Ramón Jiménez: *hoy concreto yo lo divino como una conciencia única, justa, universal de la belleza que está dentro de nosotros y fuera también y al mismo tiempo. Porque nos une, nos unifica a todos, la conciencia del hombre cultivado único sería una forma de deísmo bastante. (...) Hoy pienso que yo no he trabajado en vano en dios, que he trabajado en dios tanto cuanto he trabajo en poesía.* Luego Juan Ramón entiende que, desde el principio, ha ido elaborando su teoría y práctica de peculiar misticismo poético. En el primer poema de *Animal de fondo* podemos leer estos versos:

3 Tomo los datos de Francis FOURNEAU; *El Condado de Huelva; Bollullos, capital del viñedo;* Huelva; Diputación Provincial, 1975.

No eres mi redentor, ni eres mi ejemplo,
ni mi padre, ni mi hijo, ni mi hermano;
eres igual y uno, eres distinto y todo;

Ese dios «igual y uno» le permite entenderse a sí mismo en su infancia, como niño-dios. La idea no está aun en el Juan Ramón Jiménez de 1902, pero apunta ya en 1907, cuando se da por vez primera el falseamiento/literaturización de su fecha de nacimiento. Conviene, pues, emparejar las dos versiones principales del poema antes citado (la de 1902 y la de 1950) para que aparezcan claras las diferencias.

Remembranzas A Manuel Reina	*Cuando yo era el niñodios* (romances revividos del 1898)
Recuerdo que cuando niño me parecía mi pueblo una blanca maravilla, un mundo mágico, inmenso; las casas eran palacios y catedrales los templos; y por las verdes campiñas iba yo siempre contento[4], inundado de verdura al mirar limpio del cielo, celeste como mi alma como mi alma sereno, creyendo que el horizonte era de la tierra el término. No veía en su ignorancia mi inocente pensamiento, otro mundo más hermoso que aquel mundo de mi pueblo; ¡qué blanco, qué blanco todo! ¡todo qué grande, qué bello!	Cuando yo era el niñodios era Moguer, este pueblo, una blanca maravilla; la luz con el tiempo dentro. Cada casa era palacio y catedral cada templo; estaba todo en su sitio lo de la tierra y el cielo; y or esas viñas verdes saltaba yo con mi perro, alegre como las nubes, como los vientos, lijeros, creyendo que el horizonte era la raya del término.
Recuerdo también que un día en que regresé a mi pueblo después de largos viajes, me pareció un cementerio; en su mezquina presencia se agigantaba mi cuerpo; las casas no eran palacios ni catedrales los templos, y en todas partes reinaban la soledad y el silencio.	Recuerdo luego que un día en que volví yo a mi pueblo después del primer faltar, me pareció un cementerio. Las casas no eran palacios ni catedrales los templos y en todas partes reinaban la soledad y el silencio.

4 Cito *Rimas*, según la edición del centenario, Madrid; Taurus, 1981, pp. 76/78. Este verso en *Almas de violeta*, era; vagaba alegre, contento. Otra versión impresa del poema la da a conocer Manuel Ángel VÁZQUEZ MODEL en; «El viaje definitivo, Historia textual de un poema de Juan Ramón»; *Celacanto* 1/2, Huelva, primavera de 1985, pp. 64/69.

Extraña impresión sentía
buscando en mi pensamiento
la memoria melancólica
de aquellos felices tiempos
en que no soñaba un mundo
como el mundo de mi pueblo.

¡Cuántas veces, entre lágrimas,
con mis blancos días sueño,
y reconstruyo en mi mente
la visión de aquellos tiempos!

¡Ay! ¡quién de nuevo pudiera
encerrar el pensamiento
en su cárcel de ignorancia!
¡quién pudiera ver de nuevo
el mundo más sonriente
en el mundo de mi pueblo!

Yo me sentía muy chico
hormiguito del desierto,

con concha de Mandadera,
toda de negro con negro,
que, bajo el tórrido sol
y por la calle de Enmedio,
iba tirando doblada
del niñodios y su perro:
el niño todo metido
en hondo ensimismamiento,
el perro considerándolo
con aprobación y esmero.

¡Qué tiempo el tiempo! ¿Se fue
con el niñodios huyendo?
¡Y quién pudiera ser siempre
lo que fue con el primero!
¡Quién pudiera no caer,
no, no, no caer de viejo;

ser de nuevo el alba pura,
vivir con el tiempo entero
morir siendo el niñodios
en mi Moguer, este pueblo![5]

El origen de Juan Ramón Jiménez fue netamente burgués. Cuando nació, su padre era cosechero y comerciante. Un barco de su propiedad transportaba los vinos y su casa era conocida en Moguer como «la casa grande». Pertenecía Juan Ramón a una burguesía comerciante que podía asegurarse en los vaivenes de la economía gracias al apoyo de las propiedades agrícolas. Gilbert Azam ve en la familia del poeta una ambigüedad socioeconómica típica de la alta burguesía, capaz de diversificar sus ingresos, pero incapaz de liberarse de la ideología propia de la antigua clase dominante[6]. Dicha ambigüedad se manifestaría en contradicciones ideológicas que hacen posible defender cierto liberalismo político y económico a la vez que el tradicionalismo religioso más impermeable.

---

5 Poema publicado en Juan Ramón JIMÉNEZ; *Moguer;* Madrid; Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1958, pp. 69/71. Hay segunda edición publicada en 1984 por el Ayuntamiento de Moguer.

6 Gilbert AZAM: *L'oeuvre de Juan Ramón Jiménez. Cotinuité et renouveau de la poésie lyrique espagnole;* Université de Lille III; Atelier de reproduction de thèses, 1980. Hay edición española, bajo el título *La obra de Juan Ramón Jiménez;* Madrid; Editoria Nacional, 1983.

Sabemos que la historia del siglo XIX español es la de una burguesía que lucha por existir como tal y ocupar los puestos fundamentales de decisión política y económica. Así como la catalana y la vasca conseguirán asentarse, la burguesía gaditana no desarrollará suficientemente sus tendencias comerciales y aspirará al modo de vida de la antigua aristocracia campesina. José Lamarque de Novoa, un poeta sevillano de la época, conocía muy bien los defectos de los burgueses andaluces y escribió con perspicacia en su soneto «España *fin de siglo*»:

> Una Nobleza que su historia olvida,
> Y que, salvas honrosas excepciones,
> Sólo aspira a brillar en los salones,
> En los toros, o en hípica corrida;
>
> Una Clase burguesa enloquecida
> Por el lujo, y hambrienta de blasones...[7]

Cuando Juan Ramón Jiménez ingresa en el colegio de los jesuitas del Puerto de Santa María, en 1890, su padre posee sesenta viñas muy productivas, Montemayor, la mejor finca de Moguer, tres o cuatro bodegas, veinte presas y un barco[8]. Son unos años en los que, según explica Manuel Tuñón de Lara, el crecimiento de beneficios es mayor, precisamente, en los vinos y los aceites[9]. La ruina familiar se producirá al llegar el siglo XX. El padre de Juan Ramón Jiménez ha polarizado su riqueza en el viñedo, olvidando o desatendiendo los asuntos comerciales no ligados directamente con éste. Si en 1883 el 52'74% de la exportación española gravitaba sobre el viñedo, diez años más tarde sólo representa el 23'54%, debido a la extensión de la filoxera y a la campaña proteccionista del gobierno francés[10]. La epidemia de la vid se documenta en la zona del Condado en 1900, exactamente en San Juan del Puerto. La reconstrucción del viñedo a base, por lo general, de cepas americanas sólo pudieron resistirla los grandes propietarios, y no todos; la familia de Juan Ramón —según Francis Fourneau[11]— se arruinaría entonces.

---

7 José LAMARQUE DE NOVOA: *El fondo de mi cartera;* Sevilla; Imprenta de E. Rasco, 1898, pág. 53.

8 Gilbert AZAM; *L'oeuvre de Juan Ramón Jiménez,* citado, pág. 63. Francisco HERNÁNDEZ PIZÓN proporciona y clarifica datos biográficos del poeta en su emocionado folleto; *Juan Ramón y su familia;* Madrid; Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1958. Francisco GARFIAS *(Juan Ramón Jiménez;* Madrid: Taurus, 1958, pág. 17) explica que los negocios puramente vinateros los llevaba Víctor Jiménez en Moguer, junto a su primo Esteban, mientras que uno de sus hermanos se ocupaba en Huelva de los comerciales.

9 Manuel Tuñón de Lara; *Estudios sobre el siglo XIX español;* Madrid: Siglo XXI, 1972, pág. 170.

10 Véase Jaime VICENS VIVES: *Historia económica de España;* Barcelona; Ariel, 1972(2.ª), pp. 634/635.

11 Francis FOURNEAU, citado, pág. 58. En *La corriente infinita* se incluye un texto titulado «Coladura», en el que Juan Ramón Jiménez escribe: *Y en Moguer, el aperador de mi padre, por la época en que se nos perdieron las viñas y se implantó la vid americana, solía decirme moviendo la cabeza: «Señorito Juan, esta cepa es de poca vividura».*

Tras los primeros estudios, Juan Ramón acudirá, evidentemente, al colegio de los jesuitas, la orden que se responsabiliza de la educación de los hijos de la calse social preponderante, para adquirir allí la educación que se considera apropiada. En cualquier caso, una educación muy superior a la media de los niños españoles de la época.

No cursó el poeta todo el bachillerato con los jesuitas. Gerardo Velázquez Cueto ha publicado su expediente académico en el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza de Huelva[12]. Sabemos así que el 24 de septiembre de 1891, Juan Ramón Jiménez presenta una instancia en la que, «deseando cursar las asignaturas correspondientes al grado de Bachiller y siendo necesario para ello verificar un examen de instrucción primaria según previenen las disposiciones vigentes», suplica que se le admita en los exámenes de ingreso en segunda enseñanza que se han de celebrar en ese instituo durante dicho mes. El examen lo realiza al día siguiente y obtiene un *Sobresaliente.* Puede así matricularse en primero de bachillerato para el curso 1891-1892 (aún no ha cumplido los diez años), lo que hace como alumno del colegio privado San José de Moguer. En junio del año 1892 se examinará, obteniendo *Notable* en 'Latin y Castellano' y *Sobresaliente* en 'Geografía'. Para el curso 1892-1893 se matricula de 'Latín y Castellano', asignatura que aprobará en junio de 1893 con *Sobresaliente,* y de 'Historia de España', superada con la calificación de *Notable.*

Para el tercer curso del bachillerato, Juan Ramón cambia al colegio de Santa Isabel, matriculándose como alumno de tal centro en el Instituto de Huelva. Las asignaturas eran 'Aritmética y Álgebra', 'Frances', 'Retórica y Poética' e 'Historia Universal', pero el 25 de febrero de 1894 presenta una instancia, firmada Juan Ramón Jiménez Mantecón (y no Juan Ramón Jiménez Mantecón, como antes) en la que solicita la anulación de la matrícula y que se traslade su expediente al Instituto Provincial de Jerez de la Frontera. La instancia se firma en El Puerto de Santa María. El colegio de los jesuitas de El Puerto dependía del instituto de Jerez.

Con la marcha al Colegio de San Luis Gonzaga se cierra el primer período moguereño de Juan Ramón Jiménez. Es el que podemos con exactitud calificar de infantil. Los nebulosos recuerdos que tenga de esos años le permitirán al poeta elaborar la imagen de un pueblo mítico, lleno de luz y sonidos lejanos, en el que la vida era fácil y agradable, aunque también monótona. Pese a lo que suelen decir los biógrafos, arrastrados por el lirismo o por la propia literaturización que de su vida hace el poeta, Juan Ramón no llega en esos años a vivir realmente la vida de Moguer. Muy bien ha sabido ver Manuel Ángel Vázquez Medel que se diría al poeta «flotante en un pompa de jabón, sin que la vida de su pueblo marcase su memoria. Todo lo que queda son personajes mixtificados por una viva imaginación y escenas aisladas que en su día llegarón a impresionarle»[13]. Del examen detenido de su prosa

12 Gerardo VELÁZQUEZ CUETO: «Juan Ramón Jiménez en el Instituto de Huelva», en *Revista de Bachillerato,* 19, julio-septiembre, 1981, pp. 70/74.

13 Manuel Ángel VÁZQUEZ MEDEL: *El campo andaluz en la obra de Juan Ramón Jiménez;* Sevilla; Caja Rural Provincial, 1982, pág. 23.

Vázquez Medel concluye que «el mundo infantil retenido por el poeta se centra en una serie de nombres que asocia a sus primeras vivencias. Nombres que, a veces, no corresponden a la realidad»[14]. De esos recuerdos moguereños de infancia extraerá Juan Ramón Jiménez materiales para construir un Moguer ideal que adquirirá carácter de paraíso perdido. Esas son las esencias moguereñas que empapan, según la crítica, la obra juanramoniana.

Pero en la obra del poeta no hay ese único Moguer. Hay también un Moguer en contacto íntimo con la naturaleza, ejemplo del universo armónico, que se forma durante el segundo período prolongado de estancia en el pueblo, entre 1905 y 1912. Por último, hay un tercer Moguer, ciudadano y vulgar, repleto de bastedad, de crueldad y de falso sentido religioso, ejemplo del mundo vulgar y zafio que Juan Ramón odiaba. No es fácil fechar cuándo surge esta idea de Moguer, aunque tal vez lo haga paralelamente a la segunda. Me inclino a sospechar, sin embargo, que corresponde a los años que van de 1899 y 1901, coincidiendo con la decadencia económica familiar, la muerte del padre y la enfermedad del poeta.

Don Víctor Jiménez decidió cambiar de colegio a su hijo. Solicitó, pues, el ingreso en el colegio San Luis Gonzaga de los jesuitas, pero no debía de estar muy seguro de la admisión, ya que el 30 de septiembre solicitaba Juan Ramón matrícula en Huelva como alumno del colegio Santa Isabel. Los jesuitas del Puerto calificarán sin embargo tres semanas de trabajo del niño durante el mes de octubre.

El registro de notas semanales en el colegio San Luis Gonzaga muestra que el niño se ha inscrito como Juan, y no como Juan Ramón. Durante el curso 1893/1894 tiene máximas apreciaciones en «Urbanidad» y en «Conducta». También en «Aplicación» está bien calificado, salvo el mes de diciembre y un cero obtenido en octubre. Todo el curso tiene, en cambio, malas notas en el apartado «Aprovechamiento», con mínimas calificaciones en el desastroso diciembre. Las «Matemáticas» son siempre las peor puntuadas. Esa misma tónica se mantiene durante los cursos 1894/1895 y 1895/1896. Pocas notas medianas hay en «Conducta», ninguna mala (salvo una vez en clase de «Matemáticas») y muy pocas buenas hay en «Aprovechamiento». En modo alguno puede sostenerse la idea, trasmitida por los biógrafos de Juan Ramón Jiménez, de que era un chico travieso y estudioso. Las calificaciones nos lo revelan como lo contrario: de buena conducta y medianos conocimientos[15]. Los días 19 y 25 de junio de 1896 superó las pruebas necesarias para obtener el Grado de Bachiller en el Instituto de Jerez de la Frontera. Como alumno mediano que era, sólo obtuvo calificaciones de *Aprobado,* tanto en Letras como en Ciencias. Entre los quince alumnos que acompañaron a Juan Ramón al examen figura, con idénticas calificaciones, el futuro comediógrafo Pedro Muñoz Seca. De los mejor

14 Idem, pp. 24/25.

15 Agradezco al buen poeta y profesor José Luis Tejada su gestión personal en el colegio San Luis Gonzaga y el envío de las fotocopias correspondientes.

puntuados, en cambio, es el futuro poeta Fernando Villalón, de quien escribiera Juan Ramón Jiménez —recordando episodios del colegio— en *La corriente infinita.*

Trascribo a continuación la lista de examen con las calificaciones del *Ejercicio de Grado de Bachiller:*

NOMBRES Y APELLIDOS	CALIFICACIONES	
	LETRAS	CIENCIAS
Francisco Ayllón y Herruzo	Aprobado	Aprobado
Joaquín Guerrero y Moreno	Sobresaliente	Sobresaliente
Juan Jiménez y Mantecón	Aprobado	Aprobado
José López de Ayala y Ferratges	Sobresaliente	Sobresaliente
Eduardo Muñoz y Crespo	Aprobado	Aprobado
Fernando Murube y Miura	Aprobado	Aprobado
Ángel Picardo y Blázquez	Aprobado	Aprobado
Jesús Picardo y Blázquez	Aprobado	Sobresaliente
Antonio Porras y Aguayo	Sobresaliente	Aprobado
José J. Topete y Bustillo	Aprobado	Aprobado
Pedro Toscano y Delgado de Mendoza	Aprobado	Aprobado
Fernando Villalón Daoiz y Halcón	Sobresaliente	Sobresaliente
Ricardo Baena y Granja	Aprobado	Aprobado
Francisco García y López	Aprobado	Aprobado
Francisco Muñoz y Baeza	Sobresaliente	Sobresaliente
Pedro Muñoz y Seca	Aprobado	Aprobado

La lista no se corresponde exactamente con la del curso de Juan Ramón Jiménez, puesto que no figuran los suspensos y sí aparecen repetidores del examen. La separación entre Ricardo Baena, que fue saltado en el orden alfabético, y Francisco García se debe a alguna diferencia, probablemente económica, de consideración en el colegio (esos tres alumnos podrían ser «alumnos externos gratuitos»).

Se conservan sólo las calificaciones semanales de Juan Ramón y las finales de bachillerato. Semanalmente se puntúa cada asignatura en «conducta», «aplicación» y «aprovechamiento», más un resumen semanal de «urbanidad» y «conducta general». El expediente de Juan Ramón Jiménez en el colegio de los jesuitas de El Puerto de Santa María se ha perdido. En los exámenes finales del curso 1895/1896 obtuvo *Sobresaliente* en «Francés» y «Lógica y ética», y *Notable* en «Historia Natural», «Agricultura» y «Física y Química». Estas calificaciones las consiguió en el instituto de Jerez, donde los alumnos del colegio San Luis Gonzaga debían ir a examinarse.

La máxima recompensa que podían recibir los educandos en el colegio de los jesuitas era ser nombrados «príncipes», distinción que únicamente alcanzaba, según cuenta un antiguo alumno, «algún hijo de aristócrata, cacique o propietario rico, gente que siempre pudiera favorecer, de una manera u otra, a la Compañía[16].

Como hemos visto, Juan Ramón pertenece a una familia burguesa de origen

16 Rafael ALBERTI: *La arboleda perdida;* Barcelona: Seix Barral, 1975, pág. 74.

comerciante, partidaria por lo tanto del liberalismo económico, posteriormente, el padre aspiraría a un *status* de aristocratismo terrateniente, del que —si hacemos caso a Shönberg[17]— nunca debió de estar muy alejado, y abandonará las empresas no agrícolas. Es posible que Juan Ramón notara estas contradicciones y las viviese más en el colegio. Al fin y al cabo, si su padre era un rico hacendado, su madre era de origen humilde. La severidad que se le atribuye a don Víctor Jiménez con sus hijos pudiera justificarse por el convencimiento de que sólo el esfuerzo personal y el dinero les permitiría mantener la posición social.

No creo inoportuno traer aquí el recuerdo de otra familia de poeta español, dedicada a los mismos negocios que el padre de Juan Ramón Jiménez y arruinada también por la misma época o poco después. Me refiero a la de Rafael Alberti. Éste cuenta en *La arboleda perdida* que «los abuelos habían sido cosecheros de vinos, grandes burgueses, propietarios de viñas y bodegas, católicos hasta la más estrafalaria locura y la más violenta tiranía. Ellos y otras cuantas familias poderosas eran, aún a principios de este siglo, los verdaderos amos del Puerto (...) Pero los *buenos tiempos,* con sus lentos y aburridos rosarios a la caída de la tarde, sus abanicos y sofás en forma de lira..., fueron cayendo lentamente de los libros, quedándose sin pulso, arrastrándose fijos como una rama muerta...»[18]. El padre de Alberti pasará a ser representante de bodegas ajenas y el niño podrá ingresar en el colegio de los jesuitas de El Puerto, como veintidós años antes lo había hecho Juan Ramón, aunque el futuro poeta de la generación del veintisiete lo hiciera como alumno externo gratuito.

Graciela Palau de Nemes y Gilbert Azam han estudiado los libros de texto del joven moguereño en el colegio. Nada que llame mucho la atención. Tan sólo conviene destacar la lectura de la *Imitación de Cristo,* de Tomás de Kempis, a la que luego me referiré. «Distraído o hastiado, el alumno Juan Ramón Jiménez repetía el nombre del colegio en cualquier espacio en blanco de sus libros, las iniciales JHS y las propias iniciales J.R.J.. Dibujaba el perfil de hombres ascéticos, sus maestros, y la cara de luna con espejuelos de un Padre Pablo. Su manual de *Retórica y Poética* estaba lleno de dibujos. (...) lleno de garabatos las «Nociones Preliminares» de Literatura y Estética en las primeras páginas del manual. En la esquina izquierda de una de esas páginas pintó la bonita cabeza de un burro (...) Empezó entonces a escribir versos sueltos, con lápiz y pluma, en los márgenes del libro, y como esos habían sido sus primeros versos, después, para conservarlos, le arrancó esas páginas al libro»[19]. También cita Graciela Palau de Nemes los *Morceaux choisis de Littérature Française,* en el que no dice haber encontrado dibujos o anotaciones. Si dibujó perfiles de hombres barbudos y cálices en los *Principios de Ética y Derecho Natural.*

17 «Les Jimenez étaient venus de Nestares près de Logroño, la plus riche contrée vinicole de Castilla, De vieille souche bourgeoise raffinée, collectionneurs, voyageurs, bibliophiles...». Jean Louis SCHÖNBERG: *Juan Ramón Jiménez ou le chant d'Orphée;* Neuchâtel: À la Barconnière, 1961, pág. 20.

18 Rafael ALBERTI: *La arboleda...,* pág. 12.

19 Graciela PALAU DE NEMES: *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez,* Tomo I; Madrid; Gredos, 1974, pág. 51 y ss.

Con mayor detalle describe los dibujos del Manual de *Retórica y Poética* Carlos del Saz-Orozco[20]. Dice ese crítico que se conservan seis libro del período escolar del poeta: *De la imitación de Cristo,* que también comenta la señora Palau de Nemes, la *Biblia,* el manual de retórica citado y otros tres que no especifica. Uno de ellos tiene que ser la antología de textos franceses a la que ya me he referido. El quinto es el *Catecismo de Doctrina Cristiana Explicado o explicaciones del ASTETE que convienen también al Ripalda,* por el Lic. D. Santiago José García Marzo, Magistral de la Santa Iglesia Catedral (hoy Metropolitana) de Valladolid, señalado de texto para la juventud, adicionado con recientes enseñanzas de la Santa Iglesia y ultimamente acomodado por el Papa Ángel María de Arcos, de la Compañía de Jesús; edición 26ª; Valladolid: Imp. Católica de la Viuda de Cuesta e Hijos, 1892.

En este último libro abundan también las anotaciones del futuro poeta. En la «Renovación de las renuncias y promesas hechas en el bautismo», que figura en las páginas iniciales, rellena con su nombre completo el espacio en blanco previsto: Juan Ramón Jiménez Mantecón. Posteriormente nos encontramos con ensayos de firmas (J. R. Jiménez), sus iniciales entrelazadas, corazones flechados y sangrantes según la conocida advocación jesuítica, un dibujo del demonio —así indicado— con alas y lanza, altares, un velero en el mar bajo un espléndido sol, numerosos puentes y arcadas góticas, el conocido perfil de hombre barbudo, perfiles juveniles y la pequeña giralda de una iglesia de Moguer. En la parte superior de la página 181 una frase sobrecogedora. El niño adora pintar y dibujar, en clase le repiten que trabajar en domingo es pecado. Y el estudiante anota; pintar no sé si es malo domingos y días festivos. Este libro se utiliza, según se desprende de una frase que escribe a lápiz, el año 1894.

No le doy a este período de formación con los jesuitas la importancia que le conceden otros críticos. Si es verdad que pueden aducirse testimonios de ciertos escritores, educados en colegios similares, para argumentar que en sus aulas pudieran haber perdido la fe, no es menos cierto, evidentemente, que debemos suponer que un número mayor de alumnos se viera formado en la religión católica sin asomo de duda. Juan Ramón Jiménez no parece en esa época un alumno rebelde, ni sus anotaciones o dibujos en los libros permiten sospechar ninguna desviación ante lo que se le enseña. Es un niño sensible que encuentra en el misticismo, al que se le quiere llevar, terreno para su inspiración y su reflexión. Por ello tiene la idea de hacerse, precisamente, jesuita. Los subrayados en el ejemplar que poseía del kempis no podemos afirmar que no fueran hechos siguiendo indicaciones del profesor, por lo que las suposiciones de algunos críticos son aventuradas. Más fácil es, en cambio, que tenga razón Carlos del Saz-Orozco, cuando afirma que «la influencia de *La imitación de Cristo* en Juan Ramón Jiménez provendrá probablemente de una época bastante posterior»[21]. Creo que de su época modernista, puesto que la generación

20 Carlos de SAZ-OROZCO: *Dios en Juan Ramón;* Madrid, Razón y fe, 1966, pág. 16 y ss.

21 Idem, pág. 17. El poema «El Kempis y Francina» que aduce Gibert Azam (pág. 69 de la edición española de su libro) para demostrar la influencia del Kempis en Juan Ramón, sirve para apoyar mi creencia de que el poeta descubre, realmente, la importancia de la *Imitación de Cristo* en su periodo modernista, ya que un poema a Francina tiene que ser posterior a su viaje a Francia de 1901.

española del Modernismo descubrió el libro de Tomás de Kempis como modelo frente a la religiosidad oficial de la Iglesia-institución.

Es verdad que el poeta escribió para la revista *Renacimiento* que *los once años entraron, de luto, en el colejio que tienen los jesuitas en el Puerto de Santa María; fui tristón, porque ya dejaba atrás algún sentimentalismo: la ventana por donde veía llover sobre el jardín, mi bosque, el sol poniente de mi calle.* Pero el año 1907, cuando lo escribe, ya se ha producido en Juan Ramón la crisis ideológica, que es posterior a su estancia en el colegio. Sabemos también que aquella primera separación de su casa le dolió mucho. Pero el recuerdo que del colegio retiene, cuando escribe las líneas autobiográficas citadas, es de una lánguida hermosura: *El colejio estaba sobre el mar y rodeado de grandes parques; cerca de mi dormitorio había una ventana que dada a la playa y por donde, las noches de primavera, se veía el cielo profundo y dormido sobre el agua, y Cádiz, a lo lejos, con la luz triste de su faro.*

En el colegio empieza a escribir. Son pequeños poemas, pero que denuncian ya su interés por la poesía como práctica, que se manifestará con mayor intensidad en el verano de 1895[22].

Varias hojas sueltas que conserva la familia nos permiten conocer distintos dibujos de escolar. Pero también existe una cuartilla, ocupada practicamente por el monograma de Jesús (JHS, enlazada la H con una cruz) en la que pueden leerse los primeros versos conservados del poeta. Unos pudieran corresponder a alguna canción religiosa del colegio San Luis Gonzaga:

Si de Cristo queréis sabiduría
si queréis ser de él llamados
dirigíos a su madre cada día,
ofrecedle obsequios con porfía
y del demonio no seréis dañados.

La cuarteta siguiente también puede no ser original:

Aquí yace la verdad
a quien el mundo mató
porque en él sólo encontró
mentiras y vanidad.

El siguiente poema aparece con título y firmado con las iniciales J.R.J.. Opino por ello que es el poema más antiguo que conservamos de Juan Ramón Jiménez, sin duda alguna de atribución. Debe corresponder a finales del curso escolar 1894/1895:

22 En mi artículo «De nuevo sobre el primer Juan Ramón Jiménez. Noticias y poemas», citado en la nota primera, describo el *Album de poesías* de 1895.

Epitafio

Aquí yace de un hipócrita
el cuerpo malvado y necio
que por no sufrir desprecio
bueno quiso aparecer.

Teniendo manchada el alma
con la lepra del pecado
ahora ya está condenado
a las penas del infierno.

El peso de la formación religiosa del colegio es evidente. Dentro de la educación jesuitica, la poesía que más pudiera atraerle tenía que ser la religiosa, ya que era la utilizada en todos los actos, junto con un planteamiento dramática de indudable efecto psicológico. No hay nada de original, de personal en el poema, que sólo podía ser —por otra parte— fruto del ambiente cultural (Indicaré de paso que la segunda estrofa no rima como hubiera sido correcto).

El propio Juan Ramón Jiménez indicaría años más tarde, aunque no con plena exactitud, la existencia de poemas suyos entre su material escolar: *Y sobre mi libro de Historia de España, o sobre mi Gramática Latina, dejé unos versos libres y tristes que tenían lágrimas y campanas de muertos. El corazón no sabría decir por qué se marchitaba. Y lo que yo sentía en mi alma era la tristeza de la música errante y antigua (...). Nació la primera rima, donde el corazón llora su nostalgia con un ensueño falso de campanas de muerte*[23].

Aunque no se cite entre sus libro de clase ninguna colección de fábulas, no puede dudarse de que utilizara alguna de las numerosas publicadas en la segunda mitad del siglo XIX. Así, por ejemplo, en el colegio de el Puerto deberían conocerse las *Fábulas ascéticas* del Padre Cayetano Fernández que, en veinte años (entre 1864 y 1885) tendrían cuatro ediciones, la primera de ellas en Sevilla. También fueron conocidos los libros de fábulas de, entre otros, autores, Felipe Jacinto Sala, como las *Fábulas religiosas y morales* (Sabadell, 1865) o las *Nuevas fábulas* (Barcelona, 1886)[24].

Juan Ramón no citó nunca una fábula como modelo o ejemplo, lo que no quiere decir que no las escribiera[25]. Verdad es que la fábula sufrió una amplia transformación a lo largo del siglo XIX, que la ha alejado de la noción más clásica del gé-

23 Juan Ramón JIMÉNEZ: *Libros de prosa I;* Madrid; Aguilar, 1969, pág. 74.

24 Ricardo NAVAS RUIZ, en su edición de Hartzenbusch: *Fábulas;* Madrid; Espasa Calpe (col. Clásicos Castellanos n.° 179), pág. VIII y ss. hace unas consideraciones sobre la fábula en el siglo XIX y, en las notas 3 y 4, ofrece una interesante bibliografía.

25 En mi artículo «La formación ideológica del joven Juan Ramón Jiménez», citado en la nota primera, estudio algún caso de fábula juanramoniana.

nero. Casi no se escribieron fábulas protagonizadas por animales ni la moraleja era imprescindible. Ramón de Campoamor fue uno de los principales transformadores, llegando a crear una cierta fábula moderna: la dolora. En la fábula antigua y moderna se debió de formar poéticamente Juan Ramón Jiménez.

JORGE URRUTIA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA